

## LECTURAS

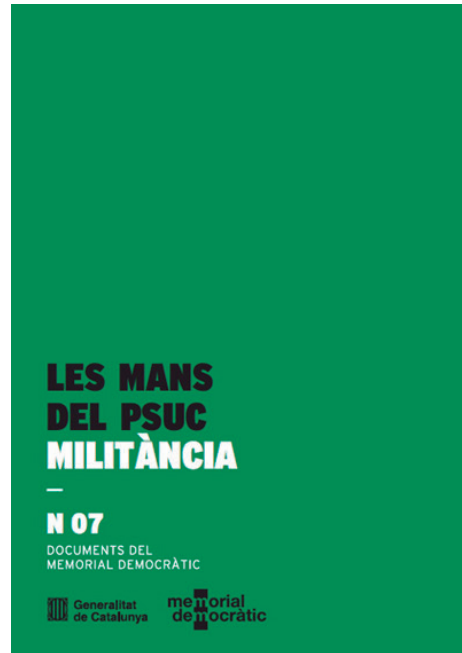
# *Les mans del PSUC: militància,* de Josep Puigsech Farràs y Gaiame Pala (eds.)\*

Jordi Sancho Galán

Universitat Autònoma de Barcelona - CEDID

En las últimas décadas la historiografía ha dedicado una especial atención al Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), permitiéndonos considerar, hoy por hoy, su historia durante la guerra civil y en su lucha contra el franquismo, no solo como una de las mejor conocidas, sino, también, como una fuente de importantes contribuciones al estudio de ambos procesos históricos. No en vano, como lo definen Josep Puigsech y Gaiame Pala, en la introducción del libro que aquí se presenta, el PSUC ha sido «uno de los ejes vertebradores de la trayectoria histórica catalana del siglo XX», siendo un actor importante en el contexto de la Guerra Civil y de la Transición y, esencialmente, «el partido del antifranquismo». Aun así, nuevos trabajos y encuentros siguen demostrando que el PSUC no solo continúa siendo un elemento de interés y de debate historiográfico, sino que su estudio sigue aportando nuevas claves interpretativas que nos ayudan a entender mejor, tanto al propio Partido, su relación con la sociedad catalana, los movimientos de masas o la lucha antifranquista, como el propio período analizado. Una buena prueba de ello es el libro *Les*

\* Josep Puigsech Farràs y Gaiame Pala (ed.), *Les mans del PSUC: militància*, Barcelona, Memorial Democràtic, 2017, 298 pp.



*mans del PSUC: militància*, donde se recogen las ponencias del II Congreso de Historia del PSUC celebrado en octubre de 2016.

El libro, que se divide en tres grandes apartados cronológicos —Guerra Civil, antifranquismo y Transición—, representa, sin duda alguna, un avance en el conocimiento del papel que el PSUC tuvo en el siglo XX

catalogán, zanjando algunas de las controversias y mitos generados entorno al partido y abriendo y aportando debates y elementos de análisis. Es, asimismo, especialmente interesante la apuesta que el trabajo hace por analizar la parte menos orgánica e institucional del Partido, tomando un especial relieve la militancia, los movimientos sociales y la cuestión cultural y nacional, elementos que recorren transversalmente los diferentes apartados.

El primer bloque, dedicado a los años de la Guerra Civil, lo abre José Luis Martín Ramos con el propósito de desmontar uno de los tópicos más extendidos sobre el partido: la idea del PSUC como «*el partit dels botiguers*», es decir, un partido de clases medias que, por ende, frente a los proyectos obreros y revolucionarios de la CNT-FAI y del POUM, habría defendido intereses «contrarrevolucionarios». En cambio, Martín Ramos, analizando los datos referentes a la militancia, defiende que el PSUC fue un partido de trabajadores de la ciudad y del campo que defendió «un proyecto revolucionario popular para hacer frente al fascismo consiguiendo para esta propuesta la adhesión de trabajadores, asalariados y campesinos» y también una minoría de profesionales liberales y pequeños comerciantes identificados con los valores republicanos y democráticos, que para diciembre de 1937 sitúa respectivamente en el 3,7% y el 1,9% de la militancia, frente al 56% de obreros, 27,4% de campesinos y 11% de empleados. Lo que le permite definir al PSUC en el contexto de la Guerra Civil, como un «partido frentepopulista en el que el frente de los trabajadores es claramente hegemónico».

Un partido, además, donde la cuestión nacional tendrá, desde sus inicios, un lugar destacado entre sus principales debates. A ello dedica su capítulo Manel López Esteve trazando la posición mantenida por el Par-

tido en sus primeros años. Para López Esteve el PSUC practicó un «patriotismo dual» que le permitió combinar «la liberación nacional de Catalunya hasta las últimas consecuencias, como elemento central de su identidad política, con la independencia nacional de la República española frente al fascismo». Todo ello con el objetivo de erigirse como el portador de la «legitimidad nacional» frente al patriotismo nacionalista, defendiendo la soberanía y la liberación nacional, «elementos constitutivos de la identidad política del partido».

En la misma línea, Josep Puigsech define al PSUC como un nuevo tipo de partido: «marxista, antifascista y nacionalista», aunque su ponencia está centrada en la relación entre el PSUC y la diplomacia soviética. Una relación que partía de intereses mutuos: por parte del PSUC aparecer como el principal interlocutor con la URSS, mientras que, por parte del consulado soviético en Barcelona, consistía en disponer de información directa sobre los planes de la *Generalitat* y «reconducir el poder político y social que tenían los anarquistas en favor de un modelo que pudiera generar confianza des de Londres y París». Sin embargo, como demuestra Puigsech, esta relación no siempre estuvo en plena sintonía dado que, en diferentes aspectos, unos y otros mantenían proyectos y estrategias políticas distintas. Entre los ejemplos que presenta el capítulo, destacan la relación con la CNT-FAI, la competencia con ERC y, principalmente, el proyecto político. Un proyecto político que los comunistas catalanes consideraban que debía derivar en una revolución popular, mientras que la URSS era partidaria de un modelo liberal democrático para España. Por lo tanto, concluye Puigsech, el PSUC fue para el consulado soviético un excelente interlocutor, pero en ningún caso una correa de transmisión de sus planteamientos, ni mucho menos, un

partido subordinado a sus intereses.

Finalmente, cierra el apartado dedicado a la Guerra Civil, Maria Campillo analizando la relación entre el PSUC y los escritores catalanes, especialmente, de la *Agrupació d'Escriptors Catalans*. Campillo hace una descripción de los intensos debates y discrepancias en torno a qué función debía tener la literatura en ese determinado momento histórico y qué hacer con la tradición literaria catalana burguesa y/o no estrictamente antifascista o revolucionaria. Debates que, partiendo de posiciones claramente encontradas, tal y como avanzará el período, tenderán a una mayor afinidad entre el Partido y los escritores, llegando a ser especialmente fructíferos a partir de la aparición del semanario *Meridià*. Con este análisis, Maria Campillo pretende desmontar otro de los mitos sobre el PSUC en el período: su control sobre la *Agrupació d'Escriptors Catalans*.

El segundo apartado, centrado en el período antifranquista (1939-1975), se inicia con el capítulo de Carme Molinero y Pere Ysàs, en el que analizan la retroalimentación entre las dos principales consignas del PSUC en el período —la apuesta por la movilización social y la política unitaria—, y como estas serán elementos clave para que el PSUC se acabara convirtiendo en «el partido hegemónico del antifranquismo». Molinero e Ysàs recorren la actuación del partido en el movimiento obrero y estudiantil y en las asociaciones de vecinos para demostrar como su conexión con los elementos más activos de la sociedad les permitió convertirse en el partido de los movimientos sociales, pudiendo así romper el aislamiento político en el cual estuvieron instalados los comunistas hasta bien entrada la década de los sesenta. Constatando, también, como las plataformas unitarias promovidas por el PSUC beneficiaron la movilización social en el tardofranquismo.

Carme Molinero y Pere Ysàs defienden que el PSUC mantuvo esta apuesta por la movilización social y por la unidad antifranquista hasta las primeras elecciones democráticas. No obstante, esto en ningún caso les lleva a concluir que, a partir de ahí, el Partido propiciara una desmovilización, posicionándose en la cuestión del papel jugado por la dirección comunista en cuanto a la movilización social durante la Transición, uno de los aspectos que en los últimos años está generando un mayor debate historiográfico.

Un buen ejemplo de ese vivo debate es el capítulo que les sigue, escrito por Francisco Erice y centrado en la política de alianzas y la movilización de masas por parte de los comunistas españoles, donde analiza críticamente la evolución programática y discursiva de la dirección comunista en la etapa final del franquismo y la Transición. Francisco Erice considera que el PCE mantuvo, en este período, unas posiciones tendentes a la moderación, especialmente a partir del Pacto por la Libertad y los «sucesivos llamamientos a los centristas del régimen y a los sectores del capitalismo español», que para Erice, marcaran el paulatino paso de la apuesta por una transformación revolucionaria con un fuerte contenido social, hacia un acuerdo que «aunque siguiera hablando de la ‘democracia’ como objetivo primordial, [...] excluía necesariamente cambios sociales vinculados a la caída del régimen, posponiéndolos para un momento ulterior». Esta evolución hacia la moderación, el autor la observa claramente en las movilizaciones y el «reajuste táctico» del período 1975-1977, cuando el partido, defiende Erice, entrará «en una cadena de renuncias que situaban la perspectiva política del PCE fuera o en los bordes de la misma idea de ruptura», que pasaría a significar «simplemente acabar con el ‘monopolio político del Movimiento’».

Los movimientos sociales son también el hilo conductor del capítulo escrito por Nàdia Varo, donde se centra en la labor que en ellos desarrollaron las militantes del PSUC, a partir del estudio de tres generaciones de mujeres comunistas. Varo destaca, en el período 1939-1956, el trabajo de estas militantes en la reconstrucción de las redes clandestinas y su apoyo al maquis. Sin embargo, expone, también, cómo algunas mujeres implicadas políticamente con maridos comunistas redujeron su actividad en pro de mantener el núcleo familiar en el caso que su marido fuese detenido y cómo el PSUC promovió activamente este discurso. Analiza, a continuación, las militantes de los años sesentas y setentas, enumerando su participación en los movimientos obrero, estudiantil y vecinal, así como la creación del *Moviment Democràtic de Dones* y la eclosión del movimiento feminista; exponiendo las contradicciones, cambios y debates que este generó en el interior del Partido.

Joaquim Sempere dedica su capítulo a los intelectuales comunistas, quienes, considera, partían «de un bagaje intelectual muy precario» consecuencia de una dirección formada esencialmente en «la lucha política, sindical y militar» y de un «marxismo momificado por la influencia estalinista», algo que cambiaría sustancialmente a partir de mediados de los cincuenta con la formación del primer núcleo de intelectuales del PSUC. A partir de aquí, pasa a analizar el rol de estos intelectuales en el Partido, concretándolo en cinco puntos: la lucha por la hegemonía y el proyecto cultural nacional-popular; la crisis Claudín-Semprún; 1968, Checoslovaquia y los ecos del Mayo Francés; las asociaciones profesionales y el movimiento vecinal; y, finalmente, Manuel Sacristán y su influencia intelectual. Muy relacionado con la ponencia anterior, Jordi Mir pone el foco sobre la universidad para

analiza el proceso «de autorganización y liberación respecto a las estructuras del régimen» que llevó a la ruptura con el sindicato oficial y a la creación del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB). Un proceso en el que los estudiantes comunistas fueron hegemónicos. Mir centra especialmente su ponencia en las reivindicaciones democráticas y universitarias de los estudiantes, a partir del análisis del manifiesto *Por una Universidad Democrática* y el impacto que la constitución del SDEUB tuvo en el ámbito social y político, contribuyendo a que el régimen «perdiera la Universidad».

Finalmente, resulta especialmente interesante y de actualidad el capítulo escrito por Giaime Pala, donde analiza la cuestión nacional en el período que va desde la expulsión de Comorera (1949) hasta 1980. Expone que el PSUC defendió, en lo referente al encaje político institucional de Cataluña, un federalismo leninista, es decir, autodeterminante. «Una Cataluña autodeterminada que se adhiere voluntariamente a una España republicana respetuosa con las singularidades nacionales y avanzada socialmente». Sin embargo, Pala no se queda en su análisis en lo institucional y dedica buena parte del texto al análisis de la identidad nacional de los diferentes partidos que es al mismo tiempo el PSUC (el de los trabajadores, los estudiantes, los intelectuales, etc.); la relación con el PCE; y, finalmente, la cuestión de la integración de las comunidades inmigradas en el Partido y en la sociedad catalana. Es en este punto donde Giaime Pala destaca como el PSUC lejos de intentar «‘nacionalizar las masas de la inmigración’ trató de integrar las culturas de su militancia inmigrada a la cultura catalana [que] no sustituía la cultura personal de cada militante, sino que la complementaría y la enriquecería».

El tercer y último apartado del libro está

dedicado a los años de la Transición y los primeros de la democracia. Abre el apartado el pormenorizado análisis de Andreu Mayayo sobre la militancia del PSUC en el período, estudiando, a partir de los datos de afiliación, la militancia comunista tanto a nivel de cifras —poniéndolas en relación con el momento histórico—, como la cultura militante del partido en el tardofranquismo y los cambios que en ella se producen a partir de la Transición. En este apartado, además, resultan especialmente destacables los capítulos de Carme Cebrián y de Joan Tafalla, donde se presenta desde dos perspectivas diferentes, aunque en cierto modo complementarias, la crisis y el final del Partido.

Carme Cebrián, expone la evolución del PSUC desde los años setenta, cuando lo define como «un partido heterodoxo y plural» de tipo gramsciano que buscaba la hegemonía política y cultural mediante el voto, ofreciendo a largo plazo, un proyecto de socialismo en libertad. Un proyecto que, sin embargo, no solo no pudo ser, sino que terminó con una grave crisis y la congelación del partido. En consecuencia, entra a analizar los porqués centrándose básicamente en tres puntos: en primer lugar, un nuevo mundo desconocido para el PSUC, el de la competencia democrática entre partidos, en el que destaca también, el papel del poder económico, que «no podía consentir que el titular ‘Catalunya, poder comunista’ se hiciera realidad»; en segundo lugar, la cuestión ideológica que, para Carme Cebrián, en el fondo, es la cuestión de la política del partido en la Transición y el descontento que esta produce en una parte significativa de la militancia. Y, finalmente, añade como elementos la crisis económica y las primeras elecciones al *Parlament*, cuando el axioma «‘partido de lucha y de gobierno’ dejará de tener sentido».

Joan Tafalla complementa esta visión

de la crisis del PSUC desde una interesante perspectiva: analizando la Transición española a partir de los conceptos gramscianos de revolución pasiva y transformismo molecular. Una relación ya apuntada por Rafael Díaz-Salazar, pero que Joan Tafalla lleva un paso más allá estudiando la actuación de la dirección comunista y relacionándolo directamente con la crisis del PSUC<sup>11</sup>. Ambos autores coinciden en considerar la Transición como un proceso de «revolución desde arriba» que parte de una crisis orgánica del régimen producida por las movilizaciones populares, obreras y estudiantiles, las cuales amenazaban con una ruptura tendencialmente emancipadora. Ante ello, el bloque dominante, encabezado por Suarez, emprendería esa revolución pasiva a partir de modificaciones moleculares: incorporando los planteamientos menos radicales del antifranquismo, integrando, en parte, a los líderes opositores y reduciendo las protestas populares. Este proceso, en consecuencia, daría como resultado una transición basada en un modelo de innovación/conservación, con una cierta modernización sociopolítica a costa de no implantar un nuevo sistema socioeconómico. Joan Tafalla, analiza la crisis del Partido como un epifenómeno de esta guerra de posiciones que habría sido la Transición, donde los comunistas habrían cosechado una «derrota estratégica» que actuaría como uno de los factores fundamentales de la suma de descontentos que, entiende, fue la crisis del PSUC. Cierra finalmente el libro, Raül Dignó Martín analizando el proceso de reorganización ideológica y organizativa que seguirá el comunismo catalán, en sus diferentes expresiones, a partir de esta crisis y hasta la «definitiva» hibernación del PSUC.

1.- Rafael Díaz-Salazar, «Transición política y revolución pasiva», Juan Trias Vejarano (coord.), *Gramsci y la izquierda europea*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1992, pp. 97-114.